



## CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

**R**ESOLVIERONSE el duque y la duquesa de que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo por no tener por suegra á Doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascón, que se llamaba Tosillos, instruyéndole primero muy bien de todo lo que había de hacer.

De allí á dos días dijo el duque á Don Quijote, cómo desde allí á cuatro vendría su contrario, y se presentaría en el campo, armado como caballero y sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento.

Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habersele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendía el valor de su poderoso brazo; y así con alborozo y contento esperaba los cuatro días, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos.

Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venía caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las insulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alargado mucho de la insula de su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villa, ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venía proveído, y dióselos diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron:

—Güelte, güelte.

—No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente. Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenía ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana, dijo:

—Válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en

mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de oírse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y después de haberlo estado mirando sin hablar palabra con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspensión, el peregrino le dijo:

—Cómo, ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó á refigurarle, y finalmente, le vino á conocer de todo punto, y sin aparse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo:

—Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura?

—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba, según oíste.

Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos se apartaron á la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años.

Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, lacasos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevas de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aun que secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco.

Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron

los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, que no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, tragando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía; antes por cumplir con el refrán que él muy bien sabía, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empujadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decía:

—Español y tudesci tuto uno bon compañero; y Sancho respondía:

—Bon compañero jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados.

Finalmente, el acabarseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos, sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

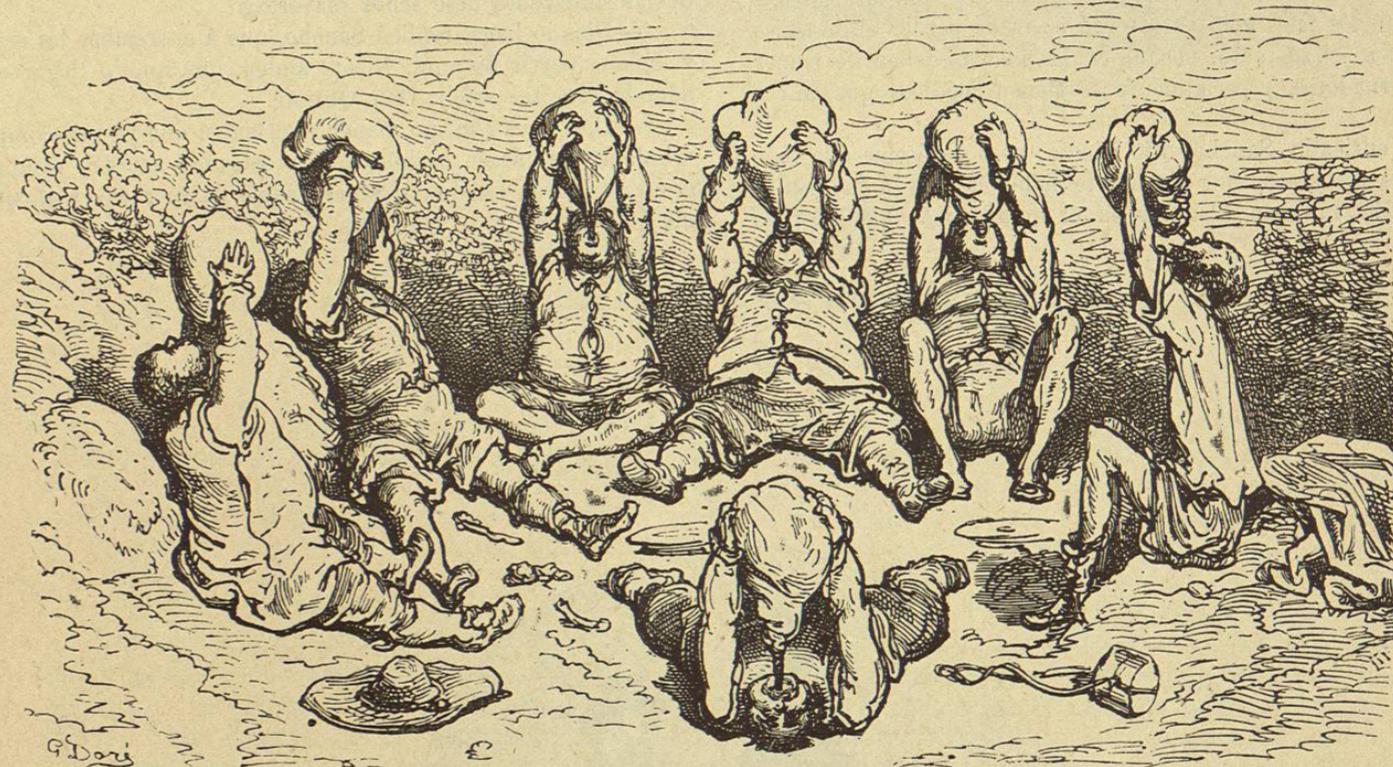
—Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y amigo mío, como el pregon y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nación, puso terror y espanto en todos nosotros; á lo menos en mí le puso de

más de aquellos, y son muchos que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria.

Sali, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte dellas se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntamente con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia.

Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puerto donde se registran.

Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algún puerto de Francia y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperamos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer, son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego



siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tergo de servir; y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podía vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho:

—Mira, Ricote, eso no debí de estar en su mano, porque las llevó Juna Tiopeyo, el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fué á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.

—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán; y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto cómo por parecerme haría traición á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una insula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra cosa como ella á tres tirones.

—¿Y dónde está esa insula? preguntó Ricote.

Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan.

No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los